

1850 el corazón de los desterrados, á vista de tantas y tan sinceras manifestaciones de amor y de dolor de los pueblos, y de los malos tratamientos y conatos inútiles de las autoridades por reprimirlas. Embarcados en el vapor, continuaron tranquila y felizmente su viaje hasta Santa Marta: era el 6 de Julio, y aún no se habían embarcado ni los que estaban destinados á Europa, ni los de Medellín, que, como arriba digimos, tomarían el rumbo de Jamaica. Estos fueron los primeros en partir y solos siete días de navegación Dios quiso probarles con graves sufrimientos, y no precisamente por la furiosa tempestad que les desvió bien lejos del rumbo que llevaban, fenómeno nada raro en el mar de las Antillas, sino porque habiendo caído en manos de un capitán francés, masón fanático, instruido por sus hermanos del puerto de la calidad de las personas que llevaba á bordo, apenas salidos de la bahía, les mandó encerrar en la cala del buque, sin permitirles respirar el aire libre y alimentándoles con escasa y sucia vianda, contra toda razón, derecho y justicia, muy conforme, sí, con las leyes de la filantropía masónica.

15.—Los jóvenes Jesuitas en Popayan.

15)—Mas antes de seguir en su viaje á los que aún esperan embarcación en Santa Marta, volvamos á ver á los jóvenes que dejamos en Popayan. Estos en uso de la libertad que les daba el decreto de expulsión, se preparaban para marchar al Ecuador, según las instrucciones dadas al P. Boada y á su gran protector D. Antonino Olano: entretanto, pasaron algunos incidentes que detallaremos un poco más de lo que acostumbramos, porque nos parecen muy característicos del genio liberal. Cierta sacerdote de mucha influencia en Popayan, grande amigo de Obando, como se vió después, se mostraba tan amante y hasta entusiasta admirador de la Compañía, que no sabía separarse del Colegio, tomando siempre el mayor interés en cuanto tocaba á los PP. El mismo día de la salida de

1850 estos, bajo el pretexto de visitar á los jóvenes que se ocupaban en el arreglo de la casa, y á quienes en vano procuró persuadir que abandonasen su vocación, se apoderó de las pastas de algunas obras prohibidas que se habían recogido y entregado á las llamas aquellos mismos días, las presentó primero á Obando y luego, subiendo con ellas al púlpito y añadiendo á la traición la calumnia, las denunció al pueblo como un documento innegable de la maléfica doctrina que enseñaban los Jesuitas, y asegurando que él mismo había quemado aquellos libros, fuente de donde bebían el veneno que después propinaban á la incauta muchedumbre. Semejante á este es el fundamento que tienen las mil fábulas que el genio del mal ha inventado contra los hijos de la Compañía.

En la tarde de aquel mismo día se presentó el Gobernador en el Noviciado donde se hallaban estudiantes y novicios, para averiguar, decía, quienes habían quedado y el destino que pensaban tomar. Cerciorado de que todos estaban decididos resueltamente á seguir á los PP., los unos porque á ello les obligaban los votos, los otros por el amor á su vocación, trató de agotar todos los recursos de su elocuencia para disuadirles de aquella que él llamaba locura. Después de larga disputa sostenida con gran dignidad y fuerza de razones por parte de los jóvenes jesuitas y varios parientes suyos y amigos que les apoyaban, ¿cómo seguir, exclamó, á unos hombres odiados y perseguidos en todo el mundo? Ser aborrecidos por una gavilla de malvados, es más bien gloria, respondió el H. Castrillon, que, aunque sacado por la fuerza, como digimos, procuraba no separarse mientras podía de sus antiguos compañeros; y esta respuesta de su propio hijo dejó no poco desconcertado al Gobernador, que dejando aquel argumento apeló á otro que creyó más eficaz: esos mismos á quienes quereis seguir, os han abandonado aquí á vuestra suerte.—Abandonados

1850 no, repuso el Sr. Olano, aquí estoy precisamente proveyéndoles de todo lo necesario para su viaje, como me lo recomendaron sus Superiores.—Mas eso no es legítimo, es contra la voluntad de sus padres.—El buen Gobernador en su turbación no había visto sin duda á los Sres. Velasco y Ayerve que estaban apresando el viaje de sus hijos, y podían desmentirle, como en efecto lo hicieron, asegurándole que no sólo ellos, sino también los demás padres de aquellos jóvenes habían dado gustosos su anuencia para que entraran en la Compañía y siguiesen á los PP. á donde quiera que fueran. Retiróse Castrillón muy confuso y mohino por el mal éxito de sus poco honrados intentos, si bien encontró luego ocasión de vengar su derrota.

En efecto, no fué esta la única ni la mayor de las pruebas que tuvieron que sufrir nuestros jóvenes religiosos. Todo estaba ya dispuesto para la marcha, y el 8 de Junio desde muy de mañana comenzaron á salir en pequeñas partidas para no llamar la atención: pasaron felizmente las dos primeras, mas la tercera fué detenida por el General Obando, que con el Presbítero Sandoval, de quien arriba hablamos, y otros de la misma laya, estaban como apostados á la puerta del cuartel de San Camilo. Preguntados por el General quienes eran y á donde se dirigían?—Fuimos Jesuitas, respondieron, mas no pudiéndolo ya ser en la Nueva Granada, nos dirigimos al Ecuador.—Tal respuesta verídica y sencilla fué correspondida con risas, mofas é injurias de parte de aquellos señores tan calificados y tomando ellos mismos las bridas de los caballos los introdujeron al cuartel.—VV. no pueden partir y menos por la vía de Pasto, dijo Obando.—Esto es injusto, pues somos ciudadanos libres, pero si V. se empeña, volveremos á casa, respondió el H. Gaspar Rodríguez.—A casa del Gobernador, dijo Obando, y destacando una escolta, les remitió allá en medio de dos filas de soldados, por revolucionarios y sospechosos, como él

decía. Aquí fué donde aquel mal hombre desfogó su rabia reprimida desde el día anterior, y deshaciéndose en injurias contra aquellos jóvenes inocentes y contra todos los Jesuitas, hizo salir una compañía de soldados al alcance de los que habían partido antes, y trató de distribuirles en diversas casas conocidamente enemigas de toda piedad y religión. Sabedor el Sr. Olano de lo que estaba pasando, acudió con presteza á la defensa de sus protegidos, habló con energía al inícuo Gobernador, y aunque su autoridad y carácter de Senador de la República no le libraron de la lengua soez del magistrado, él á fuerza de moderación y de razones, logró que los perseguidos jóvenes volvieran al Noviciado. A las cinco de la tarde volvió escoltado el Padre Boada, que con otros jóvenes se había adelantado hasta el Timbío, pueblo distante algunas leguas de Popayan. Conducidos á casa de Castrillón no fueron recibidos con mayor cortesía que los anteriores: los epítetos de hipócritas, embaucadores y otros por el estilo les fueron prodigados con liberal generosidad, y después se les envió á reunirse con sus compañeros al Noviciado. Bajo la opresión de Obando y Castrillón no sabían qué partido tomar, si bien la constancia, energía é influencia de sus protectores los Sres. Olano les hacía esperar que al fin verían satisfechos sus deseos.

Retirados en su casa mientras se calmaba aquella borrasca, al par que eran el objeto de las atenciones, obsequios y regalo de toda clase de personas, que trataban de dulcificarles su situación azarosa, recibían también las visitas importunas de alguno que otro sacerdote y caballeros distinguidos enviados de propósito para tentarles con halagüeñas promesas y reflexiones mundanas para hacerles vacilar en su vocación. Alguna analogía nos parece encontrar entre los episodios de estos jóvenes y los que nos refiere el Padre Isla de los novicios de Villagarcía en la expulsión de España en 1767: el mismo valor y abnegación, la

misma firmeza para arrostrar contratiempos, la misma constancia para seguir su vocación en medio de grandes dificultades: al fin se habían amamantado unos y otros á los pechos de la misma madre. De cuánto esfuerzo y alivio les hubiera servido la presencia del celoso Prelado de Popayan, tan sincero amigo de la Compañía! pero su ministerio pastoral le tenía ausente en Cali, como arriba insinuamos, y por ventura prolongaba esta ausencia para no ver destruirse en un momento aquella obra predilecta suya, que con tanto trabajo había planteado y por la cual había inútilmente abogado en aquellos mismos días ante el Presidente de la República.

Fuera de que el pueblo se veía marcadamente inquieto y excitado contra Obando y Castrillón por la salida de los PP. y los atropellos que estaban viendo sufrir á aquellos jóvenes, otro incidente vino á empeorar la situación. Cierta Capitán de infantería, hombre muy piadoso, que se hallaba en actual servicio, exasperado como los más de sus compatriotas, se decidió á dar un golpe de mano y apoderarse de la ciudad, pensamiento bien intencionado, pero inútil, temerario y que á haberse llevado á cabo, hubiera sin duda producido mayores males. Invitó á la tropa que tenía bajo su mando, y todos resolvieron seguirle: preparó los cañones, inutilizó lo que podían aprovechar sus futuros enemigos, y á altas horas de la noche se dirigía ya á dar el grito de revolución. Afortunadamente le encontró un hermano del Presidente López, militar de alta graduación, quien le disuadió de su loco intento y le hizo volver á su cuartel. No tuvo más consecuencias la intentona, pero tampoco dejó de acusarse á los Jesuitas como cooperadores de ella. Añádase el temor no poco fundado de movimientos hostiles al Gobierno en Pasto, ciudad intransigente con las ideas liberales y finalmente el miedo que les inspiraba ver en su vecindad una casa de la Compañía, y se

explicará la decidida oposición á que los jóvenes de Popayan pasasen al Ecuador á engrosar el número de los que, sin poderlo ellos evitar, se habían trasladado á aquella República. Más adelante veremos el empeño de los liberales granadinos en no permitir el paso del Itsmo á los PP. que se dirigían á Guayaquil y el apoyo que prestaron al General Urbina para que, apoderándose del poder, expulsase de nuevo á los Jesuitas. Muchos días tuvieron aún que luchar, sufriendo constantes y muy injustas y descorteses repulsas de parte del Gobernador no solo los jóvenes, sino también todos cuantos se interesaban por ellos: con mucha dificultad se obtuvo primero un pasaporte para tres ecuatorianos: más tarde cuando vieron que la Provincia de Pasto estaba tranquila y que poco les aprovecharía detener á los que aún quedaban, obstinándose en su injusticia, cuando había ya doce Jesuitas en el Ecuador, cedieron por fin y les dejaron á todos en libertad. El 26 de Junio salió el P. Boada con sus once compañeros con gran acompañamiento de caballeros, colegiales y pueblo innumerable, que por una parte celebraba verles ya libres de tantas vejaciones, y por otra lloraba su partida. Su viaje fué mucho menos penoso que los anteriores, porque como podían proceder francamente como Jesuitas, en todas partes eran bien recibidos, obsequiados y regalados. El 14 de Julio vieron de nuevo reunidos en Ibarra todos los Novicios y Estudiantes de Popayan, sin que, después de tantas peripecias, hubiese flaqueado nadie: sólo se echaba de menos al H. Castrillón, á quien, como dijimos, sacó por fuerza su mal aconsejado padre.

16)—Completada así la expulsión de la Misión Neogranadina en el espacio de unos 40 días desde que se firmó el decreto, réstanos solamente para completar esta primera parte de nuestra narración, decir los diversos rumbos que tomaron los sujetos que la formaban. Comenzaremos por los de Pasto y Popayan para

16.—La
Compañía en el
Ecuador.

no interrumpir el hilo de la historia. Una vez que el Padre Blas tuvo reunidos á sus jóvenes novicios y estudiantes, los distribuyó en dos casas contiguas y estableció, según lo permitían las circunstancias, las clases para los unos, los ejercicios del noviciado para los otros, mientras los PP. Piquer y Orbezo se ocupaban en el cultivo de los habitantes de aquella hospitalaria ciudad. Arreglado así aquel colegio interino, y ajustado en un todo á la disciplina religiosa, marchó el P. Blas á la capital acompañado solamente de un H. Estudiante. La acogida que tuvo de parte de las autoridades eclesiásticas y civiles no pudo ser más benévola, ni las esperanzas más halagüeñas; al fin trataba con gente profundamente religiosa, y que de años atrás estaba procurando tener la Compañía en su República. Sin embargo, aquellas circunstancias no eran apropiadas para emprender desde luego nada serio. Acababa de triunfar la revolución de Guayaquil, el Gobierno era provisorio, estaba para reunirse la Convención para dar á la República nueva constitución y nuevo Presidente: el P. Blas no contaba más que con tres sacerdotes, dos bastante nuevos en la Compañía, el tercero novicio aún, y á la sazón no tenía noticias del paradero de los demás PP. y HH. expulsados de la Nueva Granada; no obstante ya Dios iba disponiéndolo todo en orden al establecimiento, aunque muy pasajero, por entonces, de los Jesuitas en el Ecuador.

17.—El Paso del Istmo.

17)—El P. San-Román con sus compañeros había permanecido en Santa Marta con la firme resolución de pasar el Istmo y embarcarse para el Ecuador: tal resolución era un tanto atrevida por la oposición que habían de encontrar de parte de los agentes del Gobierno, prevenidos ya para impedirlo. En efecto, el 21 de Julio tomaron el vapor de la Mala Real Inglesa y con ellos fué también á bordo un comisionado del Gobernador del Puerto para impedir su desembarque.

Llegados á Chagres, como todos iban disfrazados, 1850
lograron fácilmente tomar un bote Norte-americano y dirigirse al barrio que allí tenían entonces los de esta poderosa República, para favorecer á sus compatriotas que en no pequeño número aportaban allí de paso para California. Inmediatamente sin tomar ningún descanso, aunque era ya muy tarde de la noche, fletaron dos canoas y sin pérdida de tiempo emprendieron la penosa navegación por el río Chagres, antes que las autoridades del puerto tuvieran ni aun noticia de su desembarque. Lograron, pues, evadirse de aquella primera injusta vejación, pero á costa de muchos sufrimientos: más de cuarenta y ocho horas duró aquella navegación: horribles aguaceros empapaban en un momento á los viajeros y los rayos de un sol abrasador les secaba los vestidos sobre el cuerpo, mientras otro aguacero venía de nuevo á bañarles: los bogas dejaban caer el remo rendidos del cansancio, pero las nubes de mosquitos no permiten el descanso y se ven obligados á volverlo á empuñar para librarse de aquella plaga: el río crece considerablemente con las lluvias, y la navegación se hace más lenta, difícil y peligrosa. Entre tales alternativas llegan por fin á la Gorgona, pueblo donde tenían que alquilar cabalgaduras para continuar el viaje por tierra. El temor de ser descubiertos, y de que cualquier detención les impidiera tomar el vapor que llegaba en esos días con rumbo á Guayaquil, les obligó á salir cuanto antes y emprender una jornada no menos trabajosa que las anteriores. Desde luego tuvieron que penetrar en un espeso y enmarañado bosque formado de árboles seculares y gigantes: no se veía en él más camino que algunas veredas que se cruzan unas con otras; presto comenzaron á desplomarse sobre sus cabezas lluvias torrenciales, los relámpagos ofuscaban sus ojos y el eco de los truenos en medio de la montaña los ensordecía.

1850 Iba muy enfermo y debilitado el P. Francisco García, y en medio de aquel laberinto de veredas que apenas se descubrían ya por las aguas que corrían, se desvió sin que los dos compañeros más cercanos á él lo echasen de menos hasta después de mucho rato. Todo en las circunstancias era peligroso, volverse atrás, internarse en el bosque, seguir adelante sin saber de la suerte del compañero; las sospechas de lo que podía haberle sucedido solo y enfermo como iba, les hacía sufrir más que todas las penalidades del camino; pero Dios les sacó de aquella aflicción enviándoles dos buenos paisanos, caballeros en sendas mulas, los cuales, compadecidos del trabajo y aflicción de los pobres viajeros, les hicieron seguir su camino, comprometiéndose ellos como prácticos en aquellos bosques á no descansar hasta encontrar el compañero perdido. Harto debieron trabajar aquellos buenos hombres y muy grande debió ser la pena de todos los PP. durante muchas horas, porque el P. García con sus dos fieles compañeros no llegaron á la posada hasta la caída de la tarde. Quitada del corazón aquella pena y disimulando los temores de lo que podría sobrevenirles al día siguiente en Panamá, conversaban alegremente en latín, en francés, en italiano, secando sus vestidos en torno de una grande hoguera, y tomando una frugal cena. Pielas de buey tendidas sobre la dura tierra fueron su lecho aquella noche, pero el cansancio y el sueño retrasado se las hizo sentir mullidas y regaladas. La jornada del siguiente día, no por más corta, fué menos difícil y penosa por las lluvias, y los torrentes y pantanos que habían de atravesar. Al llegar cerca de la ciudad dividiéronse en diversos grupos y hablando cada uno diversa lengua; pero estaban todos tan mojados, tan llenos de fango y lodo, que no podían entrar sin llamar la atención. Adelantóse solo el P. Joaquín Suarez, casi el único que por no haber

caído de la mula se hallaba un poco más limpio y 1850
decente, á comprar ropa para todos sus demás compañeros, y aquí comenzó Dios á favorecer de una manera más visible á los atribulados viajeros. Desde luego se encuentra el P. con un caballero español antiguo amigo y penitente suyo, de toda confianza y que parecía cortado para aquellas circunstancias. Hecho sabedor de todo con el mayor sigilo encaminó al P. Suárez á un hotel decente y retirado, mientras él en persona hacía las compras necesarias. Luego dió aviso secreto á los Sres. D. José M. Mosquera y D. Vicente Hurtado, íntimos amigos de los PP. de Popayan, residentes á la sazón en Panamá, y he aquí á nuestros desterrados, rodeados de tres personas influyentes y capaces de prestarles todos los auxilios de que podían necesitar. Ya tarde entraron los Padres en la ciudad divididos unos de otros sin que nadie se apercebiera, y se alojaron todos en el Hotel á donde había sido conducido el P. Suárez. Tenía el Gobernador de Panamá noticia de su arribo? Se da por cierto que sí; pero D. José Obaldía que lo era, con el trato que tuvo con el P. Freire, y demás PP. del Colegio de Medellín en el río Magdalena, había depuesto sus preocupaciones contra los Jesuitas, y si lo supo no quiso darse por entendido del caso para evitar compromisos, ó acaso para no seguir cooperando á la persecución de unos hombres á quienes ya conceptuaba inocentes. Pudieron, pues, reponer tranquilamente sus fuerzas unos en el Seminario muy agasajados por su Director, sincero amigo de la Compañía, otros en el Hotel y otros, finalmente, á bordo del vapor Bogotá, que aguardaba la correspondencia del Atlántico para hacerse á la vela hacia el Sur, pero siempre y en todas partes usando de la mayor prudencia y cautela para no ser conocidos.

18)—No han concluido las peripecias de esta especie de fuga tramada y llevada á cabo por el Padre

18.—Compañeros de viaje